

tan horrible. Pero os advierto, que vuestra veneracion para ser verdadera, como dice san Agustin, debe ir acompañada de la imitacion de sus virtudes. A los mismos á quienes nuestro Santo ofrece su patrocinio contra la peste, les dice desde el cielo: Si quereis conseguirle, imitadme en la paciencia y en la misericordia. Y lo mismo os digo yo en su nombre, feligreses mios, en este dia en que he venido como párroco vuestro á predicar de un tan gran Santo. Ya que la divina Providencia os ha hecho nacer ó vivir en estas campañas, ménos expuestos que los que se crian entre regalos y vanidades, no malogreis vuestra suerte. No teneis que envidiar las aparentes dichas que gozan los poderosos, porque hay entre ellos muy pocos que quieran imitar á san Roque en la paciencia y en la misericordia. Estas dos virtudes os son muy propias y muy necesarias. No una, sino muchas veces tendréis en vuestra casa trabajos en que exercitar la paciencia. No una, sino muchas veces los veréis en las de vuestros vecinos, para exercitar la misericordia. Sed pues sufridos, sed misericordiosos. Mirad los trabajos como enviados de Dios para ganar el cielo, y nunca serán tan grandes como los que quiso padecer san Roque para conquistar el reyno de los cielos; y así paciencia. A vuestros próximos miradles como á vosotros mismos: socorred sus necesidades quando podais, que Dios os colmará de bienes en esta vida, y os premiará con la gloria vuestra misericordia &c.

SER-

DE SAN BERNARDO ABAD. (*)

Vos qui secuti estis me. &c. sedebitis super sedes duodecim iudicantes duodecim tribus Israel. Math. c. XIX. v. 18.

El primer ser de todas las cosas fué efecto del infinito poder de Dios: el orden y hermosa disposicion con que se conservan, se atribuye á su inefable providencia. Algunos creyeron que al mundo le produjo el acaso, y que todo lo criado estaba sujeto al absoluto dominio de una ciega fortuna, sin la menor dependencia de la soberanía del Dios verdadero. Otros pensaron que era indecoroso á su Divina Magestad el cuidado de las criaturas corruptibles, las que á su juicio, segun nos refiere Job ¹, debian estar desconocidas de aquel Dios, que se pasea por la cumbre de las estrellas, y por los quicios de los cielos. *Nec nostra considerat, & circa cardines caeli perambulat.* Unos y otros carecieron de las luces de la fe, que nos enseña ser Dios no ménos pródigo que omnipotente. Desde la eternidad fué Dios omnipotente, esto es tuvo poder para producir todo lo posible; pero no le exercitó hasta el principio del tiempo y del mundo, en que crió los cielos y la tierra: en aquellos produjo á los ángeles, y en esta al hombre; y para su bien crió en lo animado desde la hormiga hasta el elefante, y en lo insensible desde el tomillo hasta el cedro, desde la mas menuda arena del mar hasta el monte mas elevado de la tierra.

Tom. II. O Pro-

(*) Predicado en la iglesia de Religiosas Cistercienses del convento de la Zaidia año 1736.

¹ Job. c. xxii. v. 14. & 12.

Produjo entónces Dios por sí mismo, sin concurso de otra causa, todo lo visible é invisible. Y aunque es verdad, señores, que Dios concedió al hombre, y á las otras criaturas la virtud de producir á sus semejantes, paraque en ellos se fueran conservando en el mundo las especies de todas las cosas: con todo se reservó la dignidad de causa primera, con cuyo título concurre inmediatamente á todos los efectos de las causas segundas, y los conserva tan dependientes de su soberano influxo, que si llegara á retirarle, se arruinaría de un golpe todo el universo.

2 De este, como primer principio de nuestra Religion, se vale el señor santo Tomas de Aquino ¹, para establecer en Dios una providencia universal de todo lo criado: porque todas las causas, dice el Angélico doctor, obran por algun fin, al que ordenan y dirigen los efectos que producen; y siendo Dios causa de todas las cosas, es fuerza, que por una suprema infalible razon, á quien llamamos providencia, prescriba á todas ellas el órden que deben guardar. Aquellos sucesos, que para nosotros son casuales y contingentes, no lo son para Dios, que ya desde la eternidad los tiene previstos. Ni se desdeña este gran Señor de atender á las criaturas mas viles y abatidas; ni puede decirse que se descuida del mundo, porque permite en él tantas iniquidades, tantas abominaciones: ántes sí se vale de ellas su divina Providencia, ó para humillar á unos, ó para exercitar á otros, ó para aquellos fines, que no llega á comprehender nuestro entendimiento. ¡Que destrozos, que ruinas no ha padecido la Iglesia, esposa amada del unigénito Hijo de Dios, primer empleo de su cariño y de su cuidado! Ya se vió perseguida de los tiranos, ya combatida de los hereges, ya infamada por las ignominiosas costumbres de los mismos christianos, y en fin se vió reducida á los estrechos términos de una corta porcion de la Europa. Quando en estas angus-

¹ D. Th. 1. p. q. xxii. n. 2.

gustias pudo temerse, que Dios, ó abandonaba la Iglesia católica, ó desesperaba de su remedio; entónces abatiendo el orgullo de los idólatras, confundiendo la ciega pertinacia de los hereges, reformando las costumbres de los christianos, ó dilatando nuestra santa fe á nuevas bárbaras provincias, entónces digo, hizo Dios el mayor alarde de la acertada conducta, desvelo y benignidad de su providencia.

3 Al modo pues que estas mudanzas tan repetidas en la Iglesia militante se han creído siempre soberanos designios de la divina Providencia: así tambien deben reconocerse misteriosas, las que han acontecido en la esclarecida religion del Gran Patriarca san Benito, parte la mas noble de aquel místico cuerpo. Esta religion insigne fué la que detuvo el impetuoso torrente de vicios, que inundaba la christiandad al principio del siglo sexto: ella fué la que restituyó al mundo la virtud y la santidad ya casi desconocida, la que por los aventajados méritos de sus hijos, favorecida del cielo en pocos años, con pasos de gigante subió á la mas alta cumbre de la gloria. Pero ¡ó fatal inconstancia de las cosas del mundo! ¡ó incompreensibles juicios de Dios! excluiré con el apóstol san Pablo ¹: *Quam incomprehensibilia sunt iudicia eius!* A pocos soplos del tiempo se apagáron las llamas del divino amor en aquella ardiente fragua, en que se encendian y purificaban los mas frios duros corazones. Aquel alcazar guarnecido de todas las virtudes sin resistencia se rindió al infame dominio de los vicios.

4 Despues de la muerte de Benito descaeció á toda priesa en sus monasterios la regular monástica disciplina, se dispensáron, ó por mejor decir, se aboliéron las sagradas leyes de su estatuto, y al siglo XI llegó la relaxacion á tal extremo, que compadecido aquel santo patriarca, segun imagina el piadoso monge Filoteo, pidió en el tribunal de la Divina piedad el remedio mas

¹ Rom. c. xi. v. 33.

executivo. ¿No veis, dixo, ó Dios omnipotente, los estragos que padece mi religion? ¿No veis que mis monjes, desertando de los claustros, se alistan soldados en el siglo? ¿No veis que mezclados en los profanos, licenciosos concursos se hacen cómplices en las disoluciones, que debian reprehender en los seculares? ¿Que se hizo la abstinencia, el recogimiento, la vida exemplar y religiosa, que practiqué y establecí en los desiertos del occidente? Ea, Señor, acudid pronto al reparo, si no quereis, que se desplome la excelsa fábrica de mi órden, y se sepulte entre sus ruinas mi memoria.

*Surge, age, iamque hominum sortem miseratus acerbam,
Erue de tantis pignora nostra malis.*

Dixo, y mereció de Dios esta favorable respuesta. No temas, ó valeroso caudillo de mis exércitos, alienta, no desmayes: vuelve la vista á la Francia, y verás en las campañas de Borgoña el socorro prevenido á tus huestes derrotadas. ¿No ves en los brazos de Aletha, santísima y nobilísima matrona aquel hermoso niño, cuyas mexillas matizadas de púrpura, y nieve manifiestan la candidez de su ánimo, y los incendios de su corazón? ¿No le ves correr presuroso al templo á cumplir el voto, que hizo su madre, quando me le ofreció en sus aras? Repara, repara bien, ó Benito, y conocerás que este niño ha de ser el Elizeo heredero de tu zelo, que renueve en tus claustros el fervor de tu espíritu, ha de ser el Samuel que, cumpliendo de lleno tus deseos, restituya la observancia á tu estatuto, la veneracion á tu cogulla, y la gloria á tu religion.

Este coloquio entre Dios y Benito se fingió la piedad de Filoteo, para introducirse en el elogio del esclarecido abad san Bernardo. Y á mi juicio, pudiera arrojar la pluma: porque nada puede añadirse en su alabanza, despues de haber dicho, que fué restaurador insigne de la religion de Benito, empresa en verdad,

si no imposible, á lo ménos la mas árdua y mas gloriosa. Qualquier poderoso consigue fabricar un suntuoso edificio, pero en llegando á desplomarse una torre por pequeña que sea, ¿quien se atreve, ni puede detenerla? Bien pudieron Nino, Cyro, Alexandro y los Romanos, levantar con el valor y la fortuna aquellas quatro mas célebres monarquías del mundo, representadas en la estatua que vió Nabucodonosor entre sueños; pero ¿quien pudo detener la piedra que baxó del monte á derribarla? ¿Quien pudo restaurar aquellos imperios? Lo mismo fué, segun nos refiere el profeta Daniel, desprenderse del monte la piedra, que dar en los pies de la estatua, y reducirla á polvo, para que se llevara el ayre su magestad, y su memoria: *Redacta quasi in favillam cecidit arca quæ raptæ sunt à vento.*

6 No una sola, señores, sino muchas piedras de escándalo se arrojaron contra la sublime sagrada estatua de la religion de Benito, y faltando ya en sus pies la firmeza, ó en sus monges la observancia, se venia de golpe al suelo, quando arrimando Bernardo el hombro, logró enderezarla y fortalecerla, y aun eternizarla, añadiéndola el arrimo ó la proteccion poderosa de esta soberana reyna. Entre todas las religiones, dixo la santidad de Gregorio X., se distingue y se singulariza el órden Benedictino: circiterciense Bernardo en la devocion á María². Todos sus templos están dedicados á María. Todos sus hijos la veneran por madre, á imitacion de Bernardo, que tanto se esmeró en su obsequio. Deben, pues, ó divina Señora, seros agradables los cultos que este Real y religiosísimo monasterio tributa á vuestro amado hijo Bernardo, debeis interesaros en sus glorias, no me niegue vuestra piedad la asistencia, que para referirlas os pido, diciéndoos con el ángel. *AVE MARIA.*

7
Dan. c. ii. v. 34. 2. Apud. Bolanz. in vita Sancti Roberti. tom. 3. Aprilis. ad diem. 29.

7 De las mismas palabras de la Magestad de Christo se vale la Iglesia, para formar el panegírico de un abad santo, que de un apóstol; Privilegio en verdad inestimable! Elogio el mas excelente! Porque ¿que mayor gloria puede conseguir un Santo, que igualarse en las alabanzas á los apóstoles, primogénitos de la santidad y de la sabiduría? A unos y á otros confiesa Christo en el evangelio de este dia el mérito de haberle seguido, y les ofrece en premio sentarlos entre los jueces de las doce tribus de Israel: *Qui secuti estis me . . . sedebitis super sedes duodecim, iudicantes duodecim tribus Israel.* Este elogio comun á todos los santos abades, parece convenirle con ventajas al santísimo abad Bernardo. Christo solo promete la judicatura á los que le siguen, despues de su muerte en el dia del juicio: *In regeneratione cum sederit filius hominis in sede maiestatis suae:* y á Bernardo se la concedió ántes del fin de su vida. Debíó adelantarse mucho en seguir á Christo, pues llegó á sentarse en aquella silla de tanto honor ántes del tiempo señalado. Yo así lo entiendo, y confío, señores, persuadiroslo en el discurso de mi oracion, haciéndoos ver en la primera parte el excesivo fervor de su espíritu en seguir á Christo, y en la segunda su grande autoridad en el mundo; para que le veneréis colocado en la mas alta cumbre de la perfeccion, y juez supremo de todos los hombres.

Primera parte.

8 Despues que la magestad de Christo empezó á esparcir por el mundo las luces de su doctrina, despues que abrió, digámoslo así, las puertas de una nueva sagrada escuela de perfeccion, y despues que por espacio

de tres años enseñó á muchos con la voz y con el exemplo: á solos doce confirió el grado de apóstoles ó de maestros de su Religion, ó porque no debía ser mayor su número, ó porque otros no tuviéron la dicha de merecerlo. Subióse este divino Maestro á la gloria; y aunque no perciben ya nuestros oídos sus palabras, con todo no puede decirse que ha enmudecido, y que se ha cerrado su escuela: porque desde los cielos habla al corazon de todos los hombres con las voces expresivas de su gracia; y sus ministros colocados en su cátedra continuan la enseñanza. Cada dia claman los predicadores, que la verdadera felicidad del hombre consiste en seguir á Christo, y á todas horas este Señor está llamando á las puertas de nuestro corazon; pero son muy pocos los que le escuchan, y aun ménos los que le siguen: porque el mundo con vanos ruidosos aplausos nos ensordece, y con halagos nos detiene. Al querer salir del Egipto del siglo, para librarnos del Faraon del pecado: al querer entrar por el desierto de la penitencia para llegar á la tierra prometida de la gloria, se doblan, dice Bernardo¹, las tentaciones y los asaltos de los enemigos de nuestra alma. Se nos representa intolerable el rigor de una vida penitente, insufrible la continua mortificacion de los sentidos: la memoria acuerda los pasados placeres: el apetito se finge nuevas delicias: entre la variedad de objetos tan distantes queda el ánimo indeciso: se aprovechan de la suspension las pasiones rebeldes: poco á poco se entibia el fervor del espíritu, y en fin se malogran los santos propósitos de seguir á Christo.

9 Todos, señores, sois testigos de esta verdad. Todos tendréis en vosotros mismos bastantes experiencias de lo mucho que atrasan, y aun desvian del camino de la virtud las dudas y las dilaciones. Bien previno en los primeros años de su edad la perspicacia de Bernardo estos riesgos; pues apenas con las inspiraciones de la gra-

¹ S. Bern. lib. de conv. ad Cler.

gracia llamó Dios á las puertas de su alma, las abrió á toda priesa, para entregarle el dominio de su voluntad. No se detuvo á consultarlo con sus sentidos, sino que los cerró desde luego á todos aquellos objetos, que podian ofender á Dios y á su pureza. Siendo su corazon de cera á las impresiones del cielo, era de diamante á los mas crueles golpes del infierno. Temió el demonio la intrepidez y la constancia de este jóven, é hizo los mayores esfuerzos para quebrantarla. No penseis, señores, que se valió el mundo para ganarle de vanas promesas y esperanzas, con que alimenta y burla á tantos inadvertidos: le puso en sus manos quantos deleytes puede desear el apetito, quantas glorias puede apetecer la vanidad. La gallardía de su cuerpo, aunque acompañada de una singular modestia, era á su disgusto el embeleso de quantas le miraban. Era mas hermoso Bernardo de lo que él quisiera, pues aun sin querer, le querian. La hermosura, que con tanta ansia y con artificios solicitan los mundanos, para sacrificarla á la lascivia, fué para Bernardo el mayor tormento. ¿Quantas veces despertó del sueño con susto de ver en su propia cama las No culpeis, que interrumpa la narracion de este suceso, porque temo que peligrara la decencia al referirlo. Imaginad caricias, fingid halagos, pensad quanto puede executar una muger soberbiamente hermosa, locamente enamorada, resuelta á perder el honor y la vergüenza; pero no lo penseis: porque solo el pensamiento puede entorpecer vuestra pureza. Fixad la consideracion en la heróica resistencia de Bernardo. Así como el niño Hércules despedazó la culebra, que le enroscaba en su cuna, así el Jóven Bernardo ahuyentó aquellas sierpes que pretendian ahogar su castidad en la cama. Así como el viejo Xenócrates se creyó insensible entre los brazos de la ramera mas lásciva de Aténas, así Bernardo en ménos años se acreditó mármol firme entre las llamas de la impureza de aquellas que podian competirle en la hermosura.

10 No escarmentó el mundo quando vió rompidos los torpes lazos, en que quiso prender al apetito de Bernardo: le puso otros igualmente fuertes en las sendas de la vanidad y ambicion. Dedicado nuestro Santo al noble exercicio de las letras, hizo tales progresos en ellas su entendimiento sublime, que en poco tiempo logró los primeros créditos de literato. Como su sabiduría estaba sostenida del gran valimiento de sus parientes, era seguro el logro de las primeras dignidades de su patria. Su padre y hermanos, miéntras por su parte merecian las mayores honras en los exércitos, esperaban que Bernardo en las escuelas añadiría nuevo lustre á la nobleza, nuevas riquezas á la opulencia de su casa. Y quedáron sorprendidos al oirle la resolucion de abandonar al mundo, y sus esperanzas. ¿Que es esto Bernardo? dirian. ¿Porque malogras nuestros desig-nios? ¿Porque olvidas las glorias é intereses de tu familia? Estos cuidados bien caben en un ánimo christiano. ¿Acaso no pueden en el siglo practicarse las virtudes? ¿Es fuerza salirse á los desiertos? Repara que tu complexión delicada no permite las asperezas de la penitencia. Tal vez será veleidad tu propósito: suspende su execucion, piénsalo bien, no te atropelles.

No, no. No hay que hablar en eso, respondería Bernardo: es vuestra persuasion inútil: son vanos vuestros temores. ¿Que soldado valeroso, decidme, ántes de la batalla considera lo apreciable de la vida que arriesga, ó el furor del enemigo que le acomete? Volveria sin duda cobardemente la espalda, perdiendo con el ánimo la gloria militar que apetece. Sabeis que las mayores hazañas militares han sido siempre hijas del arrojo, y de una fortaleza casi temeraria; ¿y quereis que me detenga yo ahora en consultar con las falsas reglas de la prudencia humana la accion heróica de seguir á Christo? No: porque es mas seguro el dictámen del Evangelio, que me manda aborreceros, ántes que dexar á Christo. Tengo á la vista el exemplar de Pedro,

que á la primera voz del Señor, desde luego, inmediatamente arrojó las redes, único caudal de su patrimonio, por seguirle: *Continuò relictis retibus secuti sunt eum* ¹.

II En esta constante resolución de Bernardo se dexa ver bastantemente la intrepidez de su ánimo, pero mejor aun se descubre en el modo de ejecutarla. Casi todos lo que llama Dios á una religion austera ocultan su designio á quantos pueden embarazarle: desconfian de sus fuerzas, y hacen de su vocacion un misterio, que solo le fian á Dios y al director de su conciencia: pretenden librarse del mundo sin estrépito, empezando á vencerle con el temor de no ser vencidos. Estos, en verdad felices, ántes puede decirse que huyen, que no que se retiran del mundo. Bernardo sigue otra conducta mas ariesgada; pero mas gloriosa. Publica su vocacion entre sus parientes, informa de ella á todos sus amigos. Y al modo que Alexandro no quiso acometer al formidable ejército de Darío con el favor de la noche, sino que aguardó el dia, para que sus mismos enemigos fueran testigos de su valor, y supieran todos que no necesitaba de ardidés y estratagemas para conquistar el orbe: así Bernardo declara la guerra al mundo su enemigo, para que saliendo á la batalla prevenido y auxiliado de la carne y del demonio, sobresalga mas su corage, y sea mas insigne la victoria. Y aun no contento con vencer al mundo, pretende despojarle de lo mas precioso, ó á lo ménos no dexar en él cosa que sea suya.

Elige Dios á Bernardo, y él toma gustoso el empleo de apóstol de su familia y de su patria. Predica desengaños á su padre, hermanos, parientes y amigos, y les exhorta á que sigan en su compañía á Jesu-Christo. A unos los mira ciegos de vanidad, buscando entre las muertes coronas de laurel en las campañas: á otros bien hallados con las riquezas y regalos de sus casas;

¹ Math. c. IV. v. 20.

y á todos tan distraídos del pensamiento de imitarle, que se asustan del nombre solo de penitencia. Movidó de cariño y de lástima sin duda les dice lo que nos dexó escrito: Que no es ignorancia, es infidelidad posponer la eterna gloria á las perecederas glorias mundanas: *Pro tam exiguis parvipendere gloriam, non tam insipientie quam infidelitatis esse dignoscitur* ¹: Que es vileza de ánimo sujetarse á las crueles ansias de la avaricia, y á los continuos sustos de la sensualidad, y acobardarse de las útiles y apacibles fatigas de la penitencia: *Avaritiam colere aut vanitatem sectari, prorsus degeneris animi indicium est* ².

12 A estas razones y ruegos añade Bernardo eficaces súplicas á Dios, y logra sus santos deseos. Ya sale Bernardo triunfando del mundo con tan nobles trofeos. Ya sale de Egipto este nuevo Moyses, caudillo de un nuevo escogido pueblo de Dios. Ya camina con mas de treinta compañeros al desierto. ¿Y que desierto? ¡ó Dios mio! Me horroriza la imagen de la soledad del Cister, á donde se encamina Bernardo; porque nos la describen mas con señas de infierno que de mundo: *Locum horroris, & vastæ solitudinis*. Horrible por lo escabroso de la montaña, impenetrable por lo intrincado y espeso del bosque. Entre las breñas apenas se descubre un edificio humilde de tablas, que mas parece choza que monasterio. En él se ve un corto número de monges ó anacoretas, que se alimentan de hojas de haya: que arrancan con sus manos las malezas para sembrar cebada: de este y de otros granos silvestres amazan un pan mas desabrido que el de Elías: que afligidos de la sed y hambre, del frio y la desnudez, del trabajo y de las vigiliás, viven una vida mas austera que la que describe S. Pablo á los Corintios. Estas señas, señores, puedo daros del desierto, en que entró Ber-

P2

nar-

¹ Lib. de conver. ad clericos. cap. 8. n. 14. ² Ibidem. n. 15.

nardo á morir al mundo, para vivir y estrechase con Jesu-Christo. Estos fuéron los principios del órden Cisterciense, en cuya escuela entró Bernardo á aprender disciplina tan severa. Con razon temian aquellos venerables padres, ser los primeros y los últimos de su familia; porque en espacio de quince años á nadie pareció imitable la austeridad de su vida. Todos les veneraban santos, y aun asombro de santidad; pero no se atrevían á tomarlos por maestros. Lloraba san Estéban su abad la esterilidad de su casa, quando llegó Bernardo con aquella lucidísima recluta, cantando lo que Dios por Isaías ¹: *Lauda sterilis quæ..... non pariebas.* Alégrate, ó Cister, da muchas gracias y alabanzas al Señor, que con mi arribo te fecunda, paraque seas dichosa madre de innumerables hijos. Ya no caben ellos en tus entrañas: *Pelles tabernaculorum tuorum extende: construye nuevos tabernáculos á tu Tribu: porque ha de poblar desde luego los desiertos del orbe. Civitates desertas inhabitavit.*

13 Qualquiera que repare en la repentina mudanza, y admirable propagacion del instituto Cisterciense, tal vez pensará que Bernardo aligeró el peso de su observancia, para hacerla soportable: que quitó alguna aspereza al camino para abrir el paso á los hombres; y no fué así, señores, ántes añadió con su exemplo nuevo peso á aquella carga, nuevo vigor á aquellas rígidas leyes, al mismo tiempo que dió nuevo aliento á los hombres para imitarle. Aquellos Padres pudieron avergonzarse de su tibieza á vista del fervor del espíritu de Bernardo. Ellos tendrían mortificados los sentidos, pero Bernardo los tiene muertos. Ni ve lo que mira, ni oye lo que escucha, ni gusta de lo que come, camina todo un dia por la orilla de un lago, y á la noche pregunta de su sitio: ignora si tiene techo la celda en que habita, toma un vaso de aceyte, y queda persuadido que era agua. La misma naturaleza favorece su abstinencia.

¹ Isaías. c. LV, v. 1.

nencia; pues le cierra la debilidad la garganta, y le priva del sentido del gusto, paraque le sea sin-sabor el mas delicado alimento. Bien puede decirse de Bernardo sin exâgeracion lo que la Magestad de Christo del Bautista: *Neque manducans neque bibens* ¹. Ni come, ni bebe, ni siente, ni vive su cuerpo: solo vive su espíritu íntimamente unido con Jesu-Christo.

14 No puede, señores, pasar de aquí mi discurso. Ya porque no llega mi entendimiento á penetrar el interior del espíritu de Bernardo: era menester dice un venerable discípulo suyo ², para referir los tiernos afectos de su voluntad, la continua alta contemplacion de su entendimiento, la celestial sabiduría, que le comunicó el Señor, las delicias, las dulzuras, los prodigios de su vida espiritual, era menester tener el mismo espíritu de Bernardo. Ya porque me he detenido demasiado en manifestaros los primeros pasos que dió Bernardo siguiendo á Christo; y todavía he de persuadirlos en la segunda parte, que este Señor, en premio de su diligencia y constancia le concedió en vida la dignidad de juez supremo del mundo: *Sedebitis super sedes duodecim.*

Segunda parte.

15 Para conseguir la judicatura, que ofrece la Magestad de Christo en nuestro Evangelio, no basta tener la dicha de morir en gracia; porque muchos de los justos comparecerán en el juicio final como reos, á ser juzgados, y á oír la sentencia de gloria eterna. Es propia aquella dignidad de los apóstoles, y de los que me-

¹ Math. c. XI, v. 18. ² Guillelmus Ab. lib. 1. Vitæ. D. Ber. c. 4.

merecieron imitarlos. Se debe solamente á aquellos, que tuvieron un zelo apostólico de la honra de Dios, un ánimo desprendido de todos los afectos terrenos, un entendimiento ilustrado con las luces del cielo, una conducta en todo acertada en el gobierno de las almas. Y aun es menester, que separada por la muerte el alma del cuerpo, vuelva por la resurreccion á unirse con él ya glorificado; porque las pasiones de un cuerpo mortal son capaces de torcer la recta distribucion de la justicia. Bernardo estuvo ya en vida libre de incurrir estos yerros. No diré que fué su cuerpo glorioso, pero parece que en alguna manera le conviniéron sus dotes. Atenuado por la penitencia, era en extremo sutil y delicado: su rostro se dexó ver muchas veces claro y resplandeciente: era tan insensible á los mas duros trabajos, que se creia impassible: era ágil para volar al socorro de los ausentes afligidos. Y en fin como sus juicios jamas tuvieron dependencia de su cuerpo, no pudo este embarazar sus aciertos, ni el logro de la universal judicatura sobre las doce tribus: *Sedebitis &c.*

16 Pero no penseis, señores, que fué Bernardo en el mundo juez como lo será en el día del juicio. Aquel será un tribunal de horror y de espanto, un tribunal ejecutivo, en que no se admitirán defensas, ni apelaciones, un tribunal en que comparecerán los hombres para oír las sentencias definitivas de eterna gloria, ó eterna condenacion. La judicatura de Bernardo fué mas benigna, mas apacible, instituida solamente para el bien y consuelo de los mismos reos: fué como la de Moyses sobre el pueblo de Israel, pero mas venerada, pues nadie se atrevió á quejarse de sus sentencias, quando allá en el desierto no se oyéron sino quejas y murmuraciones del juez y de su gobierno; y mas universal su jurisdiccion, porque se extendió á todo el universo, comprehendido en sentir de san Beda baxo del nombre de las doce tribus del Evangelio: *Per duodecim tribus Israel universitas eorum qui iudicandi sunt ostendi-*

ditur ¹. En lo demas hubo una perfecta semejanza entre Moyses y Bernardo. A entrámbos sacó Dios al desierto de entre la confusion de Egipto ó del siglo: á entrámbos los eligió, para que como caudillos de su propia familia, y de una innumerable multitud de fieles, los condujeran á la tierra de promision, ó á la gloria. Y si Moyses mereció, que el mismo Dios le diera las leyes, con que habia de juzgar al pueblo de Israel: que le hablara con la misma familiaridad que acostumbra un hombre hablar con su amigo: *Sicut solet homo loqui ad amicum suum* ²; y que le glorificara tanto entre las gentes, para que fuera temido y venerado de todos: tambien Bernardo logró estos favores del cielo. ¿Quantas veces en los bosques del Cister le comunicó Dios las mayores luces? Por eso llama á las encinas y á las hayas maestros y directores de su espíritu. ¿Quan continuo era su trato y comercio con el Señor? Reparaban sus súbditos gravarle con los mas precisos cuidados del monasterio, por no interrumpirle las celestiales delicias que gozaba en el paraiso de su celda. ¿Quantas veces le viéron baxar del monte Cisterciense, bañado de resplandores, despidiendo rayos de su rostro, y arrojando por su boca raudales de la mas profunda teología? No encubrió Bernardo su rostro con un velo, como Moyses, y huian los monges de su vista deslumbrados. Hablaba el mismo language que los ángeles, y no podian entenderle los hombres.

17 Admirados los Padres Cistercienses de tales prodigios, y juzgando que era notorio agravio, que pareciera reo y súbdito quien debia ser superior y juez de ellos mismos, le eligieron á los veinte y quatro años de su edad, y á los dos de religioso, fundador y Abad del monasterio de Claraval, una de las quatro primogénitas hijas del Cister, y sin competencia la mas ilustre.

Era

¹ S. Beda. Hom. in natali S. Benedicti. Exodi. c. xxxiii. v. 11.